

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Fiestas reales, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Esplicacion de los figurines.*—*Dos amigos, novela original de la Señorita Doña Elena Gomez Avellaneda.*—*Amor inmortal, por D. Antonio de Trueba.*—*Geroglífico.*

Hallándonos en la época de los bailes, hemos creído que nuestras amables lectoras recibirán con gusto el figurin que para ellos acaba de darse en París.

Dentro de pocos días daremos otro para bailes de máscaras, el cual nada dejará que desear.

FIESTAS REALES.

Nuestro imprescindible período dominical nos hace frecuentemente llegar tarde cuando se trata de asuntos que, como el de la descripción de las fiestas, tienen su época de oportunidad, pasada la cual pierden no poca parte de su interés. Esta oportunidad solo pueden aprovecharla los periódicos diarios, y como lo hacen así, resulta que nada nos dejan que narrar á nosotros, lo cual contribuye á hacer mas embarazosa nuestra posicion dando harto menos aliciente á nuestra tarea.

Hecha esta observacion por via de proemio, entremos en materia.

Las fiestas se habian anunciado para los dias ocho, nueve y diez del que rige. Estos mismos dias se verificaron, lo cual es ya algo y aun mucho. En nuestro pais cumplir un programa es cosa que debe alabarse por lo rara.

ENERO.

A las diez del dia ocho repicaban todas las iglesias. Hace algunos años deberia haber sido harto mayor el ruido, puesto que habia muchas mas campanas. Su supresion fué uno de los grandes medios con que se contó en cierta época para salvar la patria. Lástima es que el bien público exigiese entonces semejante campanudo sacrificio, porque para estas fiestas habrian venido todas muy bien.

Poco despues de aquella hora recorria la ciudad una comparsa de enanos y gigantones, haciendo parte de ella D. Quijote y Sancho Panza. Precedíala un tambor mayor y una música, al compás de la cual la compañía bailaba de vez en cuando, siendo seguida de una turba de chicos y algo mas, que chillaban de alegría al ver estirar y encoger á uno de los enanos sus dos gemas de pescuezo, así como al mirar la figura del moro que ora se asomaba y ora se escondia en la colmena que servia de gorra al tambor mayor. Pero donde el gozo rayaba en su mas alto punto era en el momento en que empezaba la danza, la cual daba ocasion á la giganta mas mayúscula de lucir todo el garbo y la esbeltez consigüentes á su corpulenta persona.

Poco despues de las oraciones los albergados del hospicio provincial sacaron en procesion el retrato de nuestra Reina sobre un carro triunfal. Precedia la música del establecimiento, á cuyo compás se cantaban himnos alusivos al objeto de este festejo.

A las siete un nuevo repique daba la señal de la iluminacion. El Ayuntamiento habia preparado en su consistorio una de muy buen efecto, y otra en la plaza de la Constitucion, consistente esta en un arco de luces de gas,



sobre cuyo centro se elevaba una estrella. Los candelabros del interior de la plaza remataban en piñas de luces.

Pero la decoracion mas brillante era la del Casino, donde la profusion de luces competia con el gusto de su colocacion. Sobre la balaustrada que corona el edificio se leian en grandes letras los nombres de Isabel, de Francisco y de Alfonso, los dos primeros bajo coronas reales, y el último bajo una magnífica estrella, que servia á un tiempo de símbolo alegórico y de remate artístico. Luces de colores seguian el contorno de las jambas en todos los huecos, y á ambos lados del balcon central brillaban con iguales luces una C y una G, iniciales de *Casino Gaditano*. Los jarrones de la azotea sustentaban grandes fogatas.

La despejada situacion de aquel bello edificio, bien así como el haber sido aquella plaza destinada de antemano para la ascension de un globo, hizo que luciese mas aun la suntuosa iluminacion, la cual, si en un principio ofreció ciertas dificultades por efecto del viento que entorpecía el alumbrado, al cabo se consiguió generalizarla en toda la fachada á una hora no muy temprana, aunque bastante á permitir se gozase de ella. Esta dificultad desapareció en las noches siguientes, merced á lo apacible del tiempo.

En estas y las otras tocábale su vez al globo, cuya ascension esperaba la inmensa concurrencia que obstruía la ancha plaza y calles adyacentes; pero á los globos les suele acontecer lo que á los niños; hacen sus gracias cuando ellos quieren, y no cuando se quiere que las hagan. El globo en cuestion empezó á hincharse lentamente y con el trabajo que costaba al loco de Cervantes hinchar al perro. En este estado se bamboleó repetidas veces, y cuando ya imaginábamos que iba á tomar definitivamente vuelo, hé aquí que dando una voltereta á guisa de volatin puso su abertura en direccion de la estrella polar. Una espesa humareda nos dió á conocer que todo se habia perdido, hasta la paja. Los espectadores, sin embargo, se resignaron fácilmente, y una gran mayoría de ellos permaneció allí, entretenida con los fuegos artificiales que se disparaban desde las azoteas del Casino.

Poco antes tambien habia habido fuegos en la plaza de Isabel Segunda.

En la de Mina hubo cucañas el dia nueve, amen de los repiques, colgaduras é iluminaciones, que eso, como ya se supone, era el pan nuestro de los tres dias.

Al inmediato, otra cucaña de nueva forma é ingenioso mecanismo se colocó frente á las Casas Consistoriales. Concluida aquella, y desde la galería de dichas casas, se arrojaron dulces á la apiñada muchedumbre; obsequio en el que hubo mas chichones que yemas encarameladas, y mas callos aplastados que mazapanes. Entre aquellas oleadas se vieron mas estrellas que confites, y hombre hubo que contemplando el pedazo de capuchina que asía con la una mano, y llevándose la otra á su lastimada nariz, iba cantando como el marqués en *Jugar con fuego*:

Ay duquesa, duquesa, duquesa,
no vales el susto
que me haces pasar.

Respecto á la parte aérea la plaza de Mina nos dió el desquite aquella mañana. Dos globos grandes y una porcion de globitos se elevaron sin dificultad, y muchos miles de espectadores con las caras á los cuarenta y cinco grados contemplaron gozosos aquella rotunda familia, compuesta de padre, madre y tres ó cuatro hijos, que iba de paseo por los aires en celebridad del dia.

Los fuegos artificiales que tuvieron lugar aquella noche en la muralla sobre la puerta del Mar, fueron, segun voz unánime, lo mejor que en este género se ha visto nunca en Cádiz. Sin embargo, un cohete chocó por acaso contra el árbol, incendiando antes de tiempo alguna parte de él. Esto produjo alguna confusion entre la gente que se habia situado demasiado cerca, y que se hallaba desprevenida. Corrieron unos, empujaron á otros, cayeron no pocos, pero los mas de los circunstantes ni aun se apercibieron del desastre de los menos. Las víctimas siguieron viendo los fuegos con tal cual susto pasado y tal cual cardinal presente.

Este leve percance, como el anterior de los amargos dulces, fueron una mera cuestion de topografía. En la antigua plaza de San Juan

de Dios todo se vé siempre con vidrios de aumento, como en los cosmoramas. La lluvia que apenas moja las demás calles de Cádiz, allí forma lodazales; el codazo que casi no roza el paño de la levita, allí hunde costillas; el mas leve tropezon hace allí hocicar. La influencia del muelle, de la pescadería, del Boquete y de la Mirandilla esplica bien estas aberraciones de localidad; aberraciones que despues de todo existen solo en las formas, pero no en la esencia; puesto que ni allí ni menos en ninguna otra parte, se ha observado el mas mínimo asomo de disgusto ni de desavenencia, de esas casi imposibles de evitar donde es inmenso el gentío, como lo ha sido en calles y plazas durante los pasados dias. Cádiz en ellos ha dado una prueba mas de su proverbial cultura.

La noche del sábado tuvo lugar el gran baile preparado en la Academia de bellas artes. ¿Qué podremos nosotros decir de él, cuando ya todos los demás periódicos de la plaza le han descrito tan minuciosa como acertadamente? Por otra parte, hace ya nueve dias que se verificó, y para un baile nueve dias son la posteridad. Los mas de los tules y de las gasas que aquella noche fueron ornamento de nuestras bellas son ya inútiles girones; los últimos ecos de la polka y de los lanceros se han apagado ya en todos los oídos; al recuerdo de aquella noche deliciosa comienza á sustituirse la esperanza de otras que en perspectiva se divisan; las galanterías, las conquistas, las promesas, acaso se han olvidado todas á esta hora; porque bajo este punto de vista un baile se parece siempre al champagne de su *buffet*, lo mas es espuma que pronto se disipa.

En la imposibilidad, pues, de decir nada que no esté ya dicho, nos referimos á las descripciones que oportunamente han visto la luz pública, y en las cuales se ha daguerreotipado todos los pormenores de esta magnífica fiesta, donde las damas han competido en gusto, en elegancia y en riqueza, y donde las lindas jóvenes gaditanas han sabido realzar sus naturales atractivos con todos los mágicos caprichos de la inconstante moda.

Réstanos por último decir algo de la parte menos visual, pero mas importante y útil de las fiestas. Hablamos de las distribuciones y dona-

tivos, merced á los cuales las bendiciones del necesitado han llegado hasta el cielo para implorar de él colme de bienes al vástago augusto de nuestros reyes. Cádiz, benéfica y caritativa hasta la prodigalidad, si la caridad pudiera alguna vez ser pródiga, no ha querido esta vez que ninguna otra poblacion de España se le anteponga en la abundancia de sus dones. Hanse distribuido en los tres dias doce mil hogazas de pan á los pobres; hanse entregado cuarenta donativos de quinientos reales á otras tantas personas agraciadas en previo sorteo; el gobierno civil ha repartido cuatro mil limosnas de á cuatro rs. vn.; el ayuntamiento cinco mil de igual cantidad; el círculo mercantil dos mil de á dos reales; hanse remitido mil reales á cada convento de monjas; hase dado un rancho extraordinario á los presos de la cárcel, y un plus de obsequio á las tropas de la guarnicion. Loor al pueblo que esto hace. Dios le bendecirá, porque es grande y espléndido siempre, porque su generosa mano siempre se abre para el menesteroso.

Tales han sido, en levísimo bosquejo, las fiestas reales de Cádiz. Dignas de su nombre, de su cultura, de su acendrado gusto y de sus nobles sentimientos. A fuer de gaditanos podemos y debemos enorgullecernos de ellas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró gris perla con dos enaguas; la primera en forma de túnica y la segunda adornada con grandes ondas rodeadas de dos rizados de blonda blanca á lo Luis XIV, y estas graciosas ondas cojidas con ramos de rosa de distancia en distancia: el mismo rizado adornará la túnica. Monillo con cotilla muy larga, coquetamente adornado de rizados de blonda. Manga corta de buche con rizados de blonda y rosas. En medio del monillo ramo de rosas. Brazaletes de oro sembrado de brillantes y topacios rosas. Abanico á lo Luis XIV. Adorno de cabeza á lo Emperatriz, estilo griego, con una abrazadera de rosas sujetas con cinta

rosa. Zapato de moiré antique, escarapela de blonda y tacon gris.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gró blanco con tres grandes volantes de punto de Inglaterra: de volante á volante un buche de tul, y de distancia á distancia cojido con ramos de flores color malva, cayendo en forma de plumas de flores. Monillo liso con doble berta de blonda y guirnalda de las mismas flores que coronan la segunda berta. Ramo de la misma flor en las mangas. Adorno de cabeza á lo Duquesa, formado de grandes bucles batidos con flores que se pierden en el tocado. Corona de lo mismo sujeta por detrás. Zapatos de moiré antique, escarapela de blonda y tacon gris.

TERCER FIGURIN.

Vestido de tul paja, con seis enaguas de lo mismo guarnecidas de blondas y pequeñas cintas de raso. Monillo adornado de blonda. Sobretodo de terciopelo imperial color paja guarnecido de una ancha faja de armiño. Adorno de cabeza y ramo de pecho de jeranios de terciopelo púrpura. Adornos de corales. Abanico de capricho.

CUARTO FIGURIN.

Vestido rosa de moiré antique con dos enaguas de gasa rosa. La primera enagua está rodeada de cintita de gasa rosa. Monillo escotado con una berta formada de cuatro cintas de gasa galloneada. Mangas muy cortas. Brazaletes de pedrería. Adorno de cabeza peinado batido con margaritas blancas y lazo de cinta rosa. Ramo en el pecho de lo mismo.

DOS AMIGOS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

SEÑORA DOÑA ELENA GOMEZ AVELLANEDA.*(Continuacion.)*

CAPÍTULO II.

Apenas pisaron los jóvenes el suelo de París, esa tierra de promision que siempre ocupa el lugar en los sueños de los jóvenes, su primer cuidado fué visitar el Louvre, ese edi-

ficio de severa y suntuosa arquitectura, con su fachada formada de tres cuerpos y unida por una admirable columnata corintia, que podrá tener 37 ó 38 piés de alto con sus soberbias galerías y sus espaciosos patios adornados de columnas y balaustradas que recuerdan la grave y soberbia arquitectura de la antigüedad, aunque aventaja cuantos adelantos arquitectónicos se han podido hacer hasta el día.

Una jóven, segun se podria juzgar por la flexibilidad de su talle y su elegante porte, atravesó con paso rápido las magestuosas galerías del real edificio, envuelta en su ancho manto de terciopelo negro. Los dos jóvenes se miraron: aquella mujer encubierta encerraba algo de vaporoso é ideal; mas un carruaje blasonado esperaba en el pórtico, y la fugitiva aparicion se lanzó en él gritando con una voz de dulce vibracion, mas alterada y conmovida.

—Partid.

Y el carruage, dejando tras sí una nube de polvo, se lanzó por la plaza de la Estrella y desapareció como un fugitivo relámpago.

—¡Qué bella es! exclamaron los jóvenes simultáneamente (ambos habian percibido las facciones de la tapada tras la rosada cortinilla de su carruage); mas eran distintas sus entonaciones. Arturo tenia el acento alegre y triunfador del que ve realizar sus sueños; el de Francisco solo revelaba un recuerdo melancólico que le representaba otra belleza aun mas pura, mas fresca y mas rosada que solo existia para él.

—¡Hermosa criatura por mi vida! exclamó Arturo con entusiasmo.

—¡Oh! si, muy hermosa, dijo Francisco con un suspiro.

—¡Hermosa como un ángel! añadió el sulfurable doncel, y luego exclamó como iluminado de una idea: ¡Ah! el marqués.

Y con efecto, un instante despues ambos estrechaban la mano del marqués del Anvert en tanto que Arturo le preguntaba con acento de vehemente impaciencia:

—¿La conoceis?

—¿A quién? contestó el caballero sorprendido de tan brusca interpelacion.

—A ella, á la dama que acaba de salir encubierta, y que ha desaparecido con la rapidez del relámpago.

—¡Pardiez! tan raras son esas apariciones en el Louvre, amigo mio? Mas si es de la nobleza y podeis darme señas...

—¡Oh! si, será noble; en cuanto á sus señas no es posible confundirla con nadie: porque es imposible que exista otra mujer semejante.

—Sin embargo... insistió el marqués.

—Pues bien, os las daré; las conservo aun,

¡oh! si, las conservo. Escuchad: la desconocida tiene un lunar muy pronunciado en el ángulo exterior del ojo derecho.

—Continuad.

—Labios de un rojo tan extraordinario, tan fuerte, que parecían granate: ojos de un negro aterciopelado.

—Basta; ojos negros, labios rojos y un lunar en el ángulo exterior del ojo derecho, es, á no dudarlo, la marquesa de Saint-Etienne.

—Gracias, amigo mio, no olvidaré el nombre.

Y los jóvenes se despidieron del oficioso marqués, que los siguió con una mirada de complacencia.

¡Oh juventud! ¡Ah! son voces sinónimas jóvenes y demente, y sin embargo, añadió con un prolongado suspiro, no quisiera que hubiera pasado la mia, y prosiguió con paso lento su camino, gritando por última vez á los dos amigos, que desaparecían tras una esquina de la plaza de Carrusel:

—¡Saint-Etienne! no lo olvideis; amigo, Saint-Etienne!

Los dos jóvenes venían eficazmente recomendados á los mas encumbrados magnates de la grandeza, y fácilmente se comprenderá que pocos dias despues estaban contados en el número de los tertulianos de la bella marquesa incógnita.

La marquesa de Saint-Etienne era uno de esos seres nacidos para la córte y las intrigas, ídolo del incienso y la adoracion de los mas atildados cortesanos, que pasaban las noches comparando sus gracias á las de todas las diosas del parnaso pagano, y los dias cundiendo su reputacion de coqueta consumada.

La córte no habia podido ajar con sus hálitos corrompidos su proverbial belleza, y se sabe cuán influyente es ese dote en su ráudo torbellino.

Despótica como toda mujer bella y coqueta que se mira dueña absoluta de tantos corazones, irreflexiva y ligera, cualidades que siempre acompañan á las anteriores, juzgaba de los mas nobles afectos del corazon con una ligereza cruel é irónica.

Fácilmente se comprenderá cuán en poco debia apreciar esta mujer fria y materialista el afecto de Arturo, noble y oscuro jóven que solo podia ofrecer su amor por único tributo: la marquesa ignoraba el rango y título de Arturo.

El jóven traducía con su imaginacion noble y apasionada los mas mezquinos sentimientos de la marquesa en sublimes y elevados: tierno y tímido nuestro enamorado, no podia tampoco ofrecerle ninguna de esas cua-

lidades que cautivan el corazon de esas mujeres por la novedad que es su ídolo.

Pocas esperanzas podia, pues, abrigar el jóven, y sin embargo, ¿quién que ve por primera vez una córte y tiene 18 años, no se juzgaria ser el objeto universal de las atenciones, el moderno Don Juan, que ha de venir con su prestigio y su encanto á arruinar el poder de todos los amantes y maridos?

CAPITULO III.

Hemos dicho que Francisco traía por objeto, al lanzarse al foco agitador que se llama la córte, recoger una pequeña herencia de uno de sus parientes muerto en aquella capital, y esto habia sido á su pesar y lleno de dolorosa angustia: así es que lejos de lanzarse á los placeres como Arturo, ávido de sensaciones desconocidas, activaba la fatal herencia para poder regresar á su patria, adonde sabemos le atraían otros lazos que los del amor filial; así es que el jóven permanecía en su lujosa habitacion en uno de los mejores hoteles de París, (hemos dado una idea bastante exacta de la escasez metálica de Francisco, para que pueda creer el lector que sostenía tales dispendios), en tanto que Arturo volaba á casa de la marquesa de Saint-Etienne: momento esperado con tanta ansiedad por el dia como maldecido á su regreso, el jóven participaba escrupulosamente á su compañero sus esperanzas y sus felicidades, como sus desdichas y su desesperacion: por desgracia jamás pudo noticiar mas que las dos últimas; ni una esperanza hasta entonces endulzó las vigiliias del pobre enamorado, ni hubo una palabra de consuelo para aquel corazon tan lleno de amor.

La marquesa burlaba con nimiedades fútiles todas esas pequeñeces que Arturo, como todo amante, graduaba en incalculable valor. Todas las noches, al regresar con el corazon herido por los celos y abrasado por la desesperacion, hacia firme propósito de renunciar á la funesta y veleidosa hermosura; mas esto era mas fácil de idear que de cumplir, pues apenas llegaba la hora á que acostumbraba ir, habia algun pretesto poderoso é invencible que le guiaba á casa de la marquesa para escuchar sus sardónicas burlas, sus crueles ironías, y ver vagar en torno de ella una turba de elegantes, que mas dichosos que él obtenían miradas y sonrisas, por lo que él hubiera dado toda una eternidad de ventura: tal era el ardor con que el pobre niño amaba á aquella criatura frívola y fria que, como Luzbel, estaba condenada á no amar jamás; y podrá comprender el lector el frenético júbilo de Arturo,

cuando una noche se dejó caer en los brazos de Francisco, gritando con indecible espresion de dicha y aun casi de estravío:

—¡Me ama! ¡me ama! soy el mas feliz de los hombres.

Y refirió con voz sofocada las emociones de aquel día, en que la marquesa, en una brusca transicion que no trataremos de explicar, le habia confesado su amor; lo cierto es que Arturo era amado, no podia soportar tanta ventura.

Por desgracia Francisco habia terminado los negocios que le retenian y debia partir al dia siguiente. Arturo hubiera deseado tener al universo por testigo de su felicidad, y poder gritar ante él, como lo hacia ante su amigo: ¡jella me ama! mas Francisco, á quien una voz imperiosa llamaba á ese hermoso rincon del universo que se llama Andalucía, permaneció inflexible á sus ruegos: aunque amaba á Arturo tiernamente, no podia soportar su felicidad; además todo habia terminado, y una órden expresa de su padre le obligaba á partir.

En efecto, apenas rasgó la aurora el velo de húmeda bruma, Francisco partió con el corazon henchido de placer, aunque abandonaba el único recuerdo de su infancia; aquel amigo á quien amaba con el afecto noble y desinteresado de un hermano, aquel confidente ignoto de sus felicidades y de sus dolores.

CAPITULO IV.

A pesar de la velocidad casi proverbial de los carruajes de carretera de París, Francisco pensó que aquel camino iba á durar una eternidad. ¡Pobre jóven! hubiera creído lento y pesado el vuelo de Pegaso. ¡Cuántas emociones, cuántos recuerdos despertaban en él aquellas praderas que habia cruzado agitado por tan contrarios sentimientos!

Al fin, despues de algunos dias de agitada marcha apercibió las arabescas torres que coronan á la imperial Sevilla. A pesar de que abandonaba una córte, y una córte como la de París, la vista de la sonriente Sevilla produjo en él el efecto del astro del dia á los ojos de los que acaban de abandonar las oscuras catacumbas: su corazon latió con mas libertad, y solo entónces pensó en que iba á abrazar á sus padres, y á ver con indecible júbilo los caros objetos que iba á volver á encontrar despues de dos largos meses de ausencia.

Inútil es decir que un momento despues abandonaba la casa paterna, cuando saben nuestros lectores que otro afecto mas vehemente, si no mas duradero que el filial, hallaba cabida en su corazon.

Si alguno de nuestros lectores ha visitado á Sevilla, ese imperio del sol y de las flores, esa realizacion de los sueños de los poetas, conocerá sus paseos, ora esmaltados de flores, sombreados de esbeltos naranjos, de perfumadas acacias, y sobre todo el pequeño eden que se llama Cristina, donde se aprisionan las mas delicadas plantas de las regiones tropicales entre bosques de rosas y azucenas, regados por soberbios surtidores en el dia: aquí fué donde se detuvo el jóven ante una casa de modesta apariencia, subió con precipitacion y agitó con trémula mano la campanilla, y un momento despues una anciana sirvienta entreabria las hojas de la puerta, preguntando con desapacible acento:

—¿Quién va?

—Yo, buena Gertrudis, abrid, contestó el jóven con impaciencia.

La puerta se abrió completamente, y Francisco pudo ver una figura pálida y demacrada destacarse en el umbral como un espectro en su sudario, y escuchar una voz chillona que decia:

—¡Ah! ¿sois vos? os creia presenciando la ceremonia.

Francisco no hizo alto en las palabras de la sirvienta, y preguntó con voz alterada:

—¿Está?

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser, pardiez! Etelvina.

—No, ya han partido.

—¿Cómo? ¿Se hallan por ventura fuera de Sevilla?

—¿Qué, vos ignorais...?

—¿Qué?

—Que hoy es la boda de la señorita Etelvina con el marqués de Bella Vista.

Francisco tuvo que apoyarse en la pared: la sirvienta continuó:

—¡Oh! sí, con el marqués de Bella Vista; pero ¿qué teneis? ¡Dios mio! os vais á desmayar. ¡Ah!

El jóven por una de esas bruscas transiciones peculiares á los temperamentos nerviosos, habia salvado de cuatro en cuatro los escalones y corria como frenético, mientras la buena Gertrudis gritaba con su destemplado acento:

—¡Por Dios! señorito, ¿qué vais á hacer?

¿Qué iba á hacer? ¿Acaso lo sabia él propio? ¿Se habia fijado un plan en su conducta al lanzarse sin otros derechos que su amor, para romper el yugo próximo á descansar sobre los hombros de la jóven? No, no pensaba, obraba acaso con demasiada precipitacion; mas ¿se puede pedir á un demente justicia y raciocinio?

Las densas nubes de perfumado incienso que se elevaban, los millares de luces que ardan

en el templo como estrellas sobre el fondo purpúreo de las flotantes colgaduras, acabaron de trastornarle; y atropellando la devota muchedumbre que presenciaba el solemne acto, penetró hasta el altar, al pié del cual estaban arrodillados los contrayentes: el hombre de Dios pronunciaba entónces con acento grave y pausado las últimas oraciones segun el ritual romano; mas el sí fatal no se habia aun pronunciado.

Francisco abarcó el cuadro de una mirada; Etelevina lívida y próxima á desmayarse estaba arrodillada al lado de un hombre de unos treinta años, de fisonomía noble y marcial, de continente severo. A la vista de Francisco que se precipitó sobre el sacerdote diciendo con sofocada voz: "tened" la jóven lanzó un grito y cayó sobre la alfombra: el marqués no pudo contener una exclamacion de sorpresa.

Pero el repentino desmayo de la jóven desposada hubo por fuerza que retardar por entónces su enlace fatal, y fué conducida á su morada entre Francisco y el marqués: el primero empezaba á coordinar sus ideas, y se reprochaba su inusitada temeridad, acusándose de todos los males que esta habia causado, aunque le pareciese imposible poder consentir en el enlace de Etelevina con el marqués.

Cuando volvió Etelevina de su desmayo, Francisco se retiró temiendo causarle nuevas emociones con su presencia.

—Francisco, le dijo el padre al despedirle, te espero esta noche, quiero que me expliques tu singular conducta de esta tarde; y añadió con acento de reproche: "no lo olvides."

(Se continuará.)

AMOR INMORTAL.

I.

De pechos á la ventana
 Estábamos un domingo
 Viendo el sol que se escondia
 Tras de los lejanos picos.
 Dominaba la tristeza
 En su corazon y el mio,
 Que mi corazon y el suyo
 Eran para amar nacidos
 Y ambicionaban entonces
 Cumplir su santo destino,
 Pues en las horas solemnes
 En que el sol se esconde tibio,
 Y le dan la despedida
 Cantando los pajarillos,

Y se alzan blancos vapores
 De las fuentes y los rios,
 Y victoriosa la luna
 Muestra su brillante disco,
 Y tocan á la oracion
 Allá en el templo vecino...
 En esas horas solemnes,
 ¡Qué dulce es amar, Dios mio,
 Y qué amargo en el acceso
 De un amoroso delirio
 Tender con afan los brazos
 Y estrechar solo el vacío!
 —María, le dije, late
 Mi corazon intranquilo!
 ¿Dónde habrá otro corazon
 Que responda á sus latidos?
 La niña bajó sus ojos
 Dulces, pudorosos, tímidos,
 Y me mandó su respuesta
 En las alas de un suspiro.
 Pero asaltando su alma
 Presentimientos sombríos,
 Alzó sus ojos al cielo
 Desconsolada y me dijo:
 —"Allí se irán á juntar
 Tus amores y los míos!"

II.

Pasamos un año amándonos
 Con el amor de dos niños,
 Con el amor de dos ángeles,
 Inmaculado y tranquilo.
 ¡Qué gloria, Señor, qué gloria
 La de dos seres unidos
 Por un amor como el nuestro,
 Puro, inocente, infinito!
 Quien llama valle de lágrimas
 A este mundo en que vivimos,
 Ese el amor no conoce,
 Ese nunca le ha sentido,
 Pues para aquel que le siente,
 La tierra es un paraíso.
 María, la dulce niña,
 La que corriendo conmigo,
 Ya por los bosques espesos,
 Ya por los prados floridos,
 Pájaros y mariposas
 Sujetaba á su dominio;
 María, la que mas tarde
 Unir para siempre quiso
 Con una cinta de amores
 Su destino á mi destino;
 María, la enamorada,
 Exhaló un dia un suspiro
 Y voló tras él al cielo,
 Porque era un ángel divino,
 Porque era una palomita
 Del celestial paraíso.
 No penseis que con su llanto

Fué regando su camino,
 Pues amores como el suyo
 No mueren cuando morimos,
 Que siendo amores del alma,
 Son como el alma infinitos;
 Por eso la dulce niña
 Mirando al cielo me dijo.
 —"Allí se irán á juntar
 Tus amores y los míos."

III.

Lloré su temprana muerte,
 Pues si en la fé me distingo
 Del vulgo de los humanos,
 También humano he nacido
 Y de la humana flaqueza
 Muchas veces participo.
 Lloré por la dulce niña
 Que unir para siempre quiso
 Con una cinta de amores
 Su destino á mi destino;
 Mas la fé secó mis lágrimas,
 Y hoy por el cielo suspiro.
 No ha muerto la compañera
 De mis placeres de niño,
 Pues tiene sus bellos ojos
 En mí como siempre fijos,
 Pues me anima con su acento
 Cuando desmayo ó vacilo,
 Pues en el prado, en el bosque,
 Dó quiera que le dirijo
 Mi voz, á mi voz responde.
 ¡Qué dulce es creer, Dios mio!
 Debajo de la ventana

Donde ambos nos comprendimos,
 Hay una flor que á su mano
 Debió su primer cultivo.
 Y esa flor agradecida
 A sus cuidados solícitos,
 Me trae cada día un dulce
 Mensaje de su cariño.
 Por medio de ella me dice
 "No me olvides, amor mio."
 Y alzando la vista al cielo
 Le respondo: "no te olvido".
 No ha muerto la dulce niña
 Que sonrosada un domingo
 De pechos á la ventana
 Mirando al cielo me dijo:
 —"Allí se irán á juntar
 Tus amores y los míos."

ANTONIO DE TRUEBA.

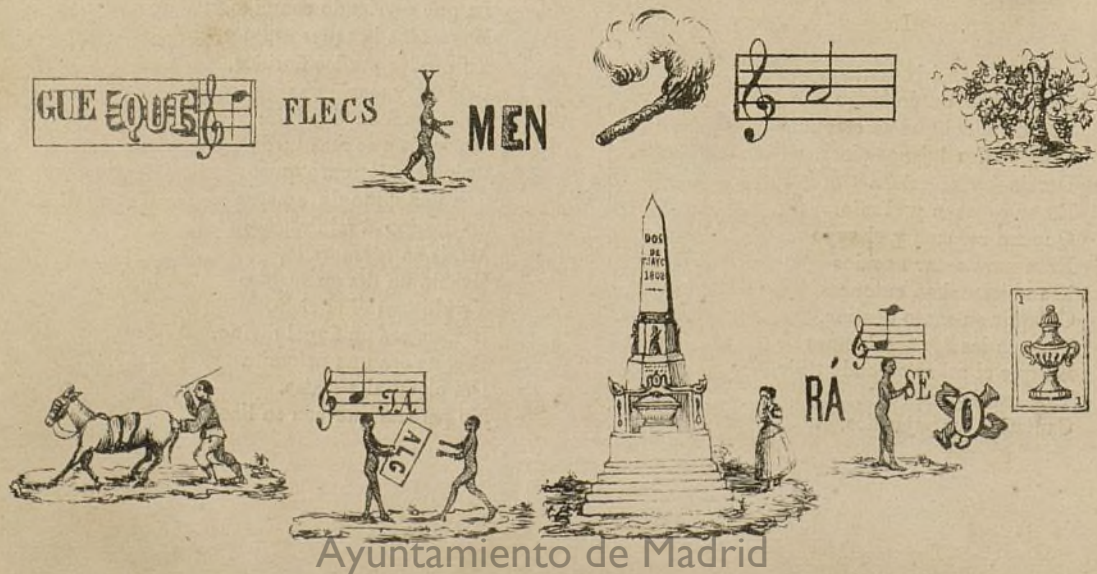
Solucion del geroglífico anterior.

El Taso ha sido la maravilla de Italia.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á
 cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la
 Constitucion, núm. 11.



Ayuntamiento de Madrid